

País ciego

Lo realmente singular de los acontecimientos presentes es que prácticamente nadie los previó. Todo lo demás ya había ocurrido antes: movimientos sociales sin voceros en multitud de manifestaciones, actos de violencia y vandalismo para el terremoto del 2010, e incluso la conmoción social del Golpe militar que para muchos fue previsible.

La imprevisión de lo ocurrido fue el gran actor de los días siguientes al 18 de octubre. La pregunta dominante era: ¿Pero cómo no lo vimos venir? Ya no. No es que hayamos respondido la pregunta. El miedo hace muy bien su trabajo: "No pienses, solo corre". Y así pasamos corriendo del problema a la solución. Ahora hablamos de la injusticia, de la violencia y de los saqueos, de la reforma tributaria, del paquete social mínimo y de la nueva Constitución. Todo importante. Sin embargo, si no sabemos por qué no vimos lo que no vimos, ¿cómo podemos pretender solucionar un problema que en realidad no entendemos?

La ceguera que llegamos a adquirir no es la peor noticia. Hay otra más preocupante y es que, aunque tomamos conciencia de nuestra ceguera, parecemos no tener interés alguno en salir de ella.

¿Cómo, si no, se explica nuestra total falta de interés por escuchar a las poquísimas personas que sí denunciaron a tiempo la fuerza telúrica que se estaba formando y entender cómo llegaron a verla? ¿Cómo es que no queremos conocer los mecanismos a través de los cuales nos hicimos ciegos, insensibles e incapaces? Esos mecanismos operan dentro de cada uno de nosotros, invisibles pero reales. ¿Cómo es que, por fin, no acudimos presurosos a tomar el antídoto necesario para no seguir, en esta hora crucial, siendo igualmente ciegos?

¿Qué misterioso designio opera en nosotros como para creer que podemos cambiar una realidad que, en realidad – valga la redundancia – no sabemos, no podemos ni queremos ver? ¿Habrá para Chile una maldición peor?

Sin que hagamos cada uno esta revisión cognitivo-emocional, sin que descubramos las trampas que nos hacemos para no ver la realidad frente a nosotros – para no quedar impotentes frente a ella –, todas nuestras iniciativas en aras de la justicia social y por una nueva Constitución estarán preñadas del mal de la ceguera. Una que, sin lugar a dudas, nos hará volver a caer, una y otra vez. No porque seamos ciegos o no sepamos, sino porque no queremos saber.